

LIBRO TRIGÉSIMO SEGUNDO

I

Si alguna vez ha seguido la expiacion instantáneamente, como en el drama antiguo, á la falta cometida, la historia de la raza otomana nos ofrece un ejemplar de esto en la época cuya historia vamos á trazar. Desde el día en que los turcos, bajo Achmet III, tramaron por una ambicion inmoral y contra naturaleza el reparto de la Persia, aproximándose así, al Oriente del mar Negro, á la nacion que les hacia cómplices, ántes de hacerlos víctimas, no tienen ya aliados en Asia, y tampoco, á excepcion de la

Francia, mas que enemigos en Europa. La venganza de su raza abandonada á los rusos y de su religion vendida, parece que pesa sobre estos como un castigo celeste. Arrancan con sus propias manos, en la Tartaria, en el mar Caspio y en el Cáucaso, los límites providenciales que los separan de la potencia rusa, y aproximando así los dos imperios, preparan imprudentemente el roce, los conflictos, los choques que amenazan engrandecer el uno y arruinar el otro.

De esta manera, remontando con la sagacidad de la conciencia á las primeras causas de los reveses y de la desmembracion de un gran pueblo, se halla siempre en el origen de las calamidades nacionales una falta moral convertida en falta política. Es preciso ser justo y repetirlo á los individuos como á los gobiernos, una buena conciencia es la mejor de las políticas, y así en el órden público como en el privado, los hombres hacen su suerte y los pueblos forjan su destino.

II

Pedro el Grande no escribió, como se ha afirmado falsamente en estos últimos tiempos, el testamento

apócrifo en el que se le hace profetizar despues de haber sucedido, la ambicion y progresos de su imperio que comenzaba entónces á extenderse hácia el Oriente. Este testamento es uno de esos documentos póstumos y retrospectivos, escritos en tiempo de Catalina II ó Alejandro I, por un publicista especulativo de cancillería, para lisonjear el capricho de una czarina ó de un czar, y acariciar la ambicion de un pueblo que desea, como todas las naciones conquistadoras, unir por medio de alguna tradicion misteriosa su futura grandeza con su oscuro principio.

Pero si Pedro el Grande, tan fuertemente rechazado en el Norte por el *leñador*, y tan majestuosamente sobrepujado en Persia por Nadir-Schah, no podia legar á sus descendientes, la Turquía y la Persia; su imperio, despues de su muerte, acababa de adquirir repentinamente tan gigantescas proporciones, que todo lo que se meditaba en Moscú, podia hacer temblar á Ispahan y á Constantinopla.

Expongamos brevemente el progreso milagroso de este imperio, que no necesitaba al parecer del auxilio del tiempo para prosperar.

III

Después de la muerte de Catalina, viuda de Pedro el Grande, los príncipes Dolgoruki, de estirpe real, jefes del antiguo partido ruso, y por lo tanto, enemigos de los extranjeros y favoritos con que Pedro I y Catalina habían infestado la corte y el ejército, llamaron revolucionariamente al trono á la emperatriz Ana, sobrina de Pedro, desterrada á la sazón en la Curlandia.

Ana aceptó el yugo con la resolución de quebrantarle á la primera manifestación del pueblo en favor suyo; un motin nacional contra los Dolgoruki, sus carceleros, no tardó en restituirla el imperio. Nueve miembros de esta ambiciosa familia, padres, tíos, hijos, sobrinos, llevados al mismo cadalso, perecieron en el tormento, alentándose los unos á los otros para sufrir con resignación la muerte.

Un joven curlandés, llamado Biren, gobernó tan despóticamente el imperio, como el corazón de su querida. Meditaba el modo de elevarse á la soberanía independiente de la Curlandia. Para obtener del elec-

tor de Sajonia, Augusto III, la investidura de la Curlandia, Biren apoyaba con un ejército ruso la candidatura de este príncipe al trono de Polonia dada por Carlos XII y por la dieta polaca á Estanislao Leczinski.

La Austria, que poseía la Silesia, y que codiciaba por su parte el desmembramiento futuro de esta república, se había asociado á la Rusia para amenazar por dos lados á los polacos. Estos dos imperios, la Austria, en virtud de su título de rey de Hungría, la Rusia, en virtud de la intervención de 1717, que la había llamado á Polonia, afectaban, no sin razón, el derecho de intervenir en la elección de estos dos reyes precarios, protegidos alternativamente por una ó por otra corte.

El débil ejército polaco, vencido sobre el Vístula por sesenta mil rusos, se había dispersado, nombrando al huir, rey á Estanislao, en una taberna situada en medio de los bosques. La Francia lo consentía por hacer oposición al Austria. Estanislao abdicó en cambio de la Lorena, cedida á la Francia, y vitaliciamente constituida en soberanía para este rey destronado de la Polonia. Esta nación oprimida recibió por rey á Augusto de Sajonia, extranjero impuesto por los extranjeros, votando según su costumbre, la infamia y la muerte de todo polaco que aceptase en lo

sucesivo un rey extranjero; ¡vanos juramentos de un pueblo en el que cada partido apelaba sin cesar al extranjero para conspirar contra el partido contrario!

La alianza precaria de los turcos con Pedro el Grande para desmembrar la Persia impidió al divan oponerse, como debia hacerlo por el tratado del Pruth, á la invasion de los rusos en polonia. Pero apénas esclavizada esta por la coalicion del Austria y de la Rusia, la emperatriz Ana, unida en esta ocasion con el héroe de la Persia, Nadir-Schah, lanzó, por consejo de su favorito Biren, sesenta mil rusos en Besarabia para llevar mas allá la frontera otomana de la Polonia y evitar el contacto entre los polacos subyugados y los turcos protectores de su independencia.

Un hábil y feroz guerrero, el mariscal Munich, á propósito para mandar á los bárbaros, porque él lo era mucho mas que ellos, sepultó á Oczakof y sus veinte mil defensores en las llamas y escombros de esta ciudad, baluarte del imperio; penetró en seguida en la Crimea, evitando las líneas inexpugnables de Perecop ó de Orcapi, líneas de cuarenta piés de elevacion por la naturaleza, dominando la llanura fortificada por espaldones artificiales, que cierran por medio de una estrecha lengua de tierra la península de Crimea á las invasiones del continente. Despues

de haber assolado é incendiado rápidamente la Crimea, los rusos, que no querian entónces mas que asombrar y aterrar á los tártaros, fueron á sitiarse á Azof. El divan imploró demasiado tarde la mediacion de la Francia.

« ¿Vosotros nos habeis obligado, » dijo el gran visir Ismail-Bajá al marqués de Villeneuve, embajador de Francia, « á tomar las armas para defender la independencia de los polacos, y ahora nos aconsejais una paz humillante bajo el peso de la invasion de los moscovitas? »

« Nosotros os aconsejamos la guerra hace algunos meses, » respondió con buen sentido el embajador, « por la conservacion de vuestro imperio, de la Polonia y de la misma Francia, pero hoy que ya no es tiempo de socorrer á la Polonia ni de apoyar á la Francia, os aconsejamos la paz por vosotros mismos. »

IV

El Austria, ligada como se ha visto á la Rusia por lo conformidad de miras codiciosas respecto de la Po-

lonia, mandaba cuatro ejércitos al territorio otomano para apoyar la invasión rusa y atraer al gran visir Ismail-Bajá, hasta entónces inmóvil con su ejército en Bender. Los musulmanes se indignaron en Constantinopla con esta inmovilidad, al ver invadida la Crimea, degollados los tártaros, destrozado Oczakof y puesto el cerco á Azof. Mahmud, para hacer expiar á su gran visir la impopularidad que se elevaba hasta el serrallo, envió á su silihdar-aga á Bender con órden de traerle la cabeza del kiaya y de deponer á Ismail.

Yegen, bajá de tres colas, fué nombrado gran visir. Solo su nombre cambió la fortuna. Yegen, antiguo kiaya, teniente de Achmet-Kiupeli, habia aprendido con él el arte de la guerra y la política con su propio talento. Activo y afortunado en el campo de batalla, dócil y prudente en el serrallo, habia ligado su fortuna á la del anciano kislár-aga, que dominaba á Mahmud de acuerdo con la sultana Validé; sabia que el verdadero gobierno estaba en el haren y no en el divan; la vejez del kislár-aga le hacia esperar que despues de haber crecido por su prestigio, le sucederia despues de su muerte.

« Hombre orgulloso y feroz, » escribió el embajador Contarini á su república hablando de Yegen, « enemigo encarnizado de los venecianos, acostum-

brado á ceder á sus trasportes, pero dominado en ellos por su buen criterio y una sagacidad oculta que convierte todo, aun la cólera, en provecho de sus designios. »

Se volvió en efecto con la rapidéz del rayo contra el ejército austriaco del mariscal Seckendorf, que acababa de sorprender á Nissa y sitiaba á Widdin, y apénas el silihdar-aga le habia traído el sello, derrotó á Seckendorf, recobró á Nissa, mató seis mil austriacos bajo las murallas de la ciudad, hizo levantar el sitio de Widdin, atacó al príncipe de Sajonia Hildeburgo-Hausen en sus trincheras, y rechazó hasta el otro lado del Danubio los restos de estos tres ejércitos. Su regreso á Constantinopla despues de esta feliz campaña contra los alemanes, inspiró la mayor confianza al serrallo.

V

Despues de algunas semanas de reposo, volvió á salir con un nuevo ejército para el Danubio, reconquistó á Orsova y Semendria, y meditó para la campaña siguiente la conquista de Belgrado contra los

austriacos, á quienes solo defendia ya la sombra del príncipe Eugenio de Saboya. Su triunfo comenzaba á inspirar recelos á la sultana Validé y á su protector el kislár-aga. Un visir muy popularizado por la victoria, y demasiado necesario para el imperio podia privarlos de la influencia que ejercian.

En el momento en que salia para Andrinópolis con el ejército destinado á recobrar á Belgrado, el jefe de los capidjis del serrallo le trajo la orden de elegir entre todas las islas del Archipiélago la que mas le agradase para su prision. Eligió á Rodas, y se embarcó deplorando la suerte de un gobierno en el que servir demasiado á su patria era un crimen igual á venderla. Un soldado formado en su escuela, pero mas flexible con el kislár-aga, Elías-Bajá, recibió el mando del ejército.

VI

Este permaneció en el mismo estado que con el anterior general. La victoria habia dado la superioridad moral á los turcos. Despues de dos batallas débilmente sostenidas por los imperiales, Elías-Bajá los

arrojó al otro lado del Danubio y puso sitio á Belgrado. Esta ciudad era, como siempre, el premio de la victoria. Las conferencias abiertas para tratar de la paz no fueron contenciosas mas que para la cuestion de saber si Belgrado seria demolida ó entregada á los otomanos con sus fortificaciones y cañones.

« Tan cierto como que yo no adoro mas que á un Dios, » dijo el gran visir, « Belgrado será devuelta á fortificada á mi sublime emperador; yo no firmaré la paz, sino con esa condicion. »

El embajador francés Villeneuve, presente en las conferencias, concilió las dos potencias haciendo estipular que Belgrado seria restituida en el estado en que se hallaba la ciudad en 1717.

La Servia y la Valaquia austriaca siguieron su suerte. A excepcion de Temeswar, todo lo que el Austria habia adquirido por el tratado de Passarowitz fué devuelto á la Puerta; las victorias del príncipe Eugenio fueron anuladas de una plumada. La Rusia, por mediacion del embajador de Francia, firmó casi al mismo tiempo una paz tan imperiosamente dictada á la emperatriz Ana como al emperador Cárlos VI. Azof debió ser demolido por los rusos; prohibióseles construir buques de guerra ó mercantes en el mar Negro, que se reconocia como un mar otomano; los czares solo conquistaron allí, y eso á costa de cien mil

veteranos muertos sin gloria en la última guerra, el reconocimiento por la Puerta de su título de emperador.

Elias-Baja, conquistador de Belgrado y de esta doble paz, recibió el destierro por recompensa, como su predecesor Yegen. Toda gloria excitaba envidia en el serrallo. El caimakan Ahmed reemplazó al victorioso visir.

VII

La lealtad del carácter otomano bajo Mahmud I remuneró la deslealtad de Achmet III en la desmembración de la Persia. La muerte del emperador de Austria, Carlos VI, último heredero masculino de la casa de Hapsburgo, dejaba derechos bien disputables á su hija María Teresa. La Alemania se negaba á reconocer estos derechos en una mujer, y se armaba para destronarla. El Gran Federico, Maquiavelo heroico de la Prusia, se unia á los príncipes alemanes, de la Sajonia y á los de España para desmembrar en provecho suyo el imperio; la Cerdeña para apoderarse de Milan; la Francia para abatir la orgullosa

casa de Austria, representada por una mujer. Pero esta mujer era un héroe. Mahmud vanamente solicitado por la Francia, por la Rusia y por la Persia, para engrosar esta liga y contribuir en provecho propio también á la destronación del Austria. respondió con palabras dignas de un filósofo, sentado en el trono de los sultanes.

« Un pacto tácito, » decia el manifiesto de Mahmud I á las potencias, « une á todos los hombres; « este instinto fraternal ha nacido de la conciencia « de un origen comun. Los Estados diversos no son « mas que miembros de una misma familia humana; y si la armonía es la ley conservadora de las « naciones, la paz es su deber religioso. La guerra es « un remedio violento al que solo se debe recurrir en « el último extremo, y esto para volver la sociedad á « su natural y necesario estado, para restituírle la « paz. La paz es la fuente de la felicidad pública; la « paz es agradable á Dios; la paz es útil á los hombres, y es despues del de la vida eterna, el único « fin á que deben aspirar los príncipes que aman la « justicia. »

« En efecto, ¿ qué alma sensible, qué ser humano « no se estremece al pensar en los males que trae « consigo la guerra? Rios de sangre inundan los campos, los vencedores caen junto á los vencidos; las

« enfermedades contagiosas acompañan á los com-
 « batientes, los acometen, los abaten, los devoran
 « hasta en brazos de la victoria, y los precipitan
 « en el foso ignoble en que la muerte los confunde
 « y los iguala con los mismos animales, de esta
 « suerte castiga á los hombres degradados que han
 « imitado con su insensato furor la ferocidad de las
 « fieras.

« El genio del mal, lanzando el grito de guerra,
 « corta con su flamígera espada los lazos que
 « unen á las naciones; el comercio entre ellas se pa-
 « raliza; el derecho del mas fuerte es el código que
 « rige á los hijos de Adan; la sangre ó las lágrimas
 « atestiguan que cada virtud recibe su ultraje, que
 « la debilidad halla un verdugo, la inocencia un
 « opresor, la castidad un sacrilegio. Para evitar la
 « repetición de tantos crímenes y tantos infortunios,
 « para cumplir los designios divinos, mi sublime
 « emperador, sombra de Dios en la tierra, invita á
 « los príncipes cristianos á reconciliarse entre sí, y
 « para ello les ofrece su poderosa mediación. »

VIII

El hombre que dictaba tales máximas al gran visir Elías, despues de cinco victorias, y en presencia de una jóven soberana, cuyo trono podia derribar de un soplo, era el kislár-aga, confidente é inspirador del pacífico Mahmud I. Desgraciadamente para el imperio este sabio, de edad de noventa años, murió pocos dias despues de haber hecho este legado de su alma á la Europa. Al morir recomendó al sultan que oyera los consejos de un esclavo negro de Borneo, discípulo suyo. Por deferencia hácia el moribundo, Mahmud dió su plaza de kislár-aga á este jóven esclavo, llamado Bekir. Pareció que toda la virtud y toda la política del imperio habian perecido con el eunuco.

Bekir-aga no habia heredado de su señor mas que las máximas. Los vicios y las pasiones de la esclavitud pervirtieron su conducta política. Ligado con Yacub, armenio codicioso, y con Suleiman-Aga, negro emancipado, vendió en subasta todas las dignidades del imperio, hizo ostentacion de un lujo asiático, y atesoró riquezas que se proponia ir á gastar en Etiopia, despues de la muerte de su señor.

Habiendo pegado de latigazos uno de sus tschauschs, por orden suya y en pleno divan, á un molla ó juez de Constantinopla, que habia condenado á un favorito suyo, los ulemas indignados dieron parte del suceso al gran visir. Este, temiendo por una parte castigar al favorito absoluto de Mahmud, y dejar por la otra impune semejante insulto hecho á los ulemas, trataba de paliar el ultraje. Pero el molla era á la vez acusador y testigo irrecusable. Con el objeto de hacerlo desaparecer, el favorito lo hizo extrangular por la noche en su casa, juntamente con su hija y sus esclavos, propalando el rumor de que un incendio los habia sorprendido y hecho perecer en sus lechos. En efecto, la casa, devorada por el fuego se habia desplomado sobre las víctimas, pero los cuerpos del molla y de su familia revelaban que habian sido extrangulados ántes del incendio.

La capital lanzó un grito de execracion. Cohetes tirados sin saber de donde por las noches cayeron sobre las terrazas del serrallo, símbolo de las acusaciones con caracteres de fuego, que los pueblos esclavos del Oriente quieren escribir en el cielo contra los malos príncipes.

IX

Mahmud I, inquieto con estos síntomas enigmáticos del descontento del pueblo, supuso que se le pedía de aquella suerte la deposicion del gran visir. Lo sacrificó: las flechas de fuego continuaron surcando la atmósfera al dia siguiente; el muftí le reveló al fin la causa de la irritacion pública. Mahmud, que confiaba en salvar á su favorito, haciendo patente su desgracia, salió al dia siguiente del serrallo como para dar un paseo por la costa de Asia. Bekir, segun la costumbre, acompañaba á su señor; pero en el momento en que el sultan ponía el pié en la arena, y ántes que el favorito saltara en tierra, los remeros bogaron por orden del silihdar hácia la torre de Leandro y dejaron preso allí al eunuco.

Mahmud habia mandado que se le preparase un buque que lo trasportara con su fortuna á Egipto. Pero la cólera del pueblo reclamaba una satisfaccion mas sangrienta. El sultan, por un resto de compasion, quiso asistir á su suplicio para impedir que los verdugos lo atormentasen. El negro, desesperado y

no respetando la presencia del padischah, prorumpió en imprecaciones contra su señor, y sacando un puñal de su cintura, se precipitó sobre los verdugos, y llenó de sangre el divan ántes de caer bajo los golpes de sus matadores. Su cadáver, expuesto durante tres horas en la plataforma del serrallo, parecia que habia purificado el cielo de Constantinopla.

X

Mahmud I acabó su vida en paz, sentido y estimado por su pueblo. Algunas irrupciones de los rusos al otro lado del Borysthenes, en los desiertos interpuéstos por la política entre las dos fronteras, y la reforma religiosa de los árabes wahabitas en el fondo del desierto, turbaron sus últimos dias.

Un acto de piedad los anticipó. Sus enfermedades le impedían montar á caballo sin que se resintiera vivamente. Despreció sus dolores para dirigirse á la mezquita de Santa Sofia el viérnes 13 de diciembre de 1754; vencido al volver por el exceso del sufrimiento y sostenido á caballo por sus servidores, cuan-

do llegaron á palacio, no apearon ya mas que un cadáver. Su vida se apagó con sus últimas oraciones.

La Europa sintió su muerte porque era un príncipe pacífico, tanto mas digno de estimacion por haber amado la paz, quanto que la victoria lo habia estimulado constantemente á la guerra. La Turquía lo veneró como un santo. Habia observado constantemente el precepto del Coran que manda á todo hombre, príncipe ó vasallo, que viva con su trabajo. Platero hábil y tornero consumado, consagraba el dia despues de la oracion á cincelar alhajas de oro y plata, ó á fabricar limpia-dientes de ébano y marfil. El precio de estas obras de sus manos, vendidas en el bazar, se invertía en su subsistencia. La naturaleza le habia rehusado un heredero de su sangre y de sus virtudes.

XI

Su hermano Othman III, hijo de Mustafá II, príncipe que tenia ya cincuenta y tres años, envejecido con su reclusion en el antiguo serrallo en tardía infancia, ocupó el trono sin competencia. El principio

beza del visir. El muftí evitó el golpe haciendo presente al soberano que no debía rebajarse hasta el vil oficio de verdugo.

El favorito halló al retirarse entre las dos puertas los mudos que le cortaron la cabeza, y la pusieron en una palangana de plata á la puerta del serrallo con este cartel: « ¡ Así perecen los traidores que venden al padischah! »

XIII

Mehemet-Raghib-Bajá (ó Mehemet *el estudioso*) fué llamado á sustituir al gran visir, no por mero capricho, sino por designacion de la opinion pública. Paje del serrallo á los diez años de edad, atento á las lecciones de maestros hábiles, hablando todas las lenguas de Europa y de Asia, poeta y escritor consumado para su época, llamado por sus rivales *el estudioso* por excelencia, secretario de muchos congresos, entendido en los negocios, valiente en la guerra, elevado de grado en grado hasta el borrascoso gobierno del Cairo, en donde su política y su energía habian alternativamente calmado ó abatido á los ma-

melucos circasianos, azote del Nilo, religioso y fiel, como la conciencia para con el sultan, Raghib-Bajá parecia un presente ofrecido por la Providencia á un reinado, que tenia un viejo niño por padischah.

Un presagio, que la supersticion podia interpretar como siniestro, entristeció los primeros dias de su ministerio. Uno de esos incendios que destruyen en pocas horas las ciudades de madera de los tártaros, ocurrió en Constantinopla en la primavera de 1756.

XIV

« El fuego se declaró al amanecer, » dicen los analistas de aquel año memorable, « en la parte baja de la ciudad, por frente del arrabal de Pera y de Galata, en una casa cerca de las murallas del serrallo y contiguo al depósito de los barcos del gran señor. El centinela colocado en la torre del palacio del genízaro-aga dió la señal del accidente tocando los tambores preparados para dar la alarma al pueblo. Los guardias de los cuarteles recorrieron en seguida las calles, golpeando el suelo con bastones herrados, y estos somatenes vivientes dieron el grito de *yanguen var* (¡ fuego! ¡ fuego!). Es menester haberlo visto para